

En la isla saltó con su carillo,
Después que ya llegó la luz del día;
Salíó todo Carex á recebillo
Con amor ó temor que le tenia;
El señor de la isla por servillo
Inquirió la demanda que traia,
Y el Heredia con muestra placentera
Al indio respondió desta manera:

«De te favorecer son mis cuidados,
Y de mis obras eres buen testigo
En todos los negocios atrasados;
Y pues te vendes por mi fiel amigo
Hasme de dar mil hombres bien armados
Para que á Calamar vayan conmigo,
Porque quiero quemar estos cristianos,
Y allí ternás donde henchir las manos.»

El indio que le vió pedir ayuda,
Relase pensando ser ficciones;
Mas el Heredia dijo que sin duda
Venía con aquellas intenciones,
Y dándole por cuenta mas menuda
Alguna relación de sus pasiones,
En un instante saca de su tierra
Mil indios escogidos para guerra.

Pintanse todos, pónense plumajes,
Segun suelen hacer indios guerreros;
Arrebatan los arcos y carcajes,
Ponen en las muñecas flechaderos,
Con aquellas posturas y visajes
Que los hacen mas torvos y mas fieros;
Entraron en sus barcas ó canoas,
Y para Calamar guían las proas.

Para mas animar la compañía
Y hacelles cobrar bravo talante,
El dicho bergantín era la guía
Porque el gobernador iba delante;
Y á hora poco mas de medio día
Surgen en Calamar poco distante,
Y á todos les causó tan gran espanto
Que de mujeres hubo grande llanto.

Porque el tumulto fiero y estupendo,
Al tiempo de surgir en la bahía,
Hizo con sus cornetas tal estruendo
Que pareció quel mundo se hundia,
Con grita que los aires va rompiendo
Y á todo corazón temor ponía,
Y mucho mas á quien tales ruidos
Nunca jamás tocaron los oídos.

No se pueden pintar las confusiones,
Los rumores, las gritas mal formadas
De mujeres, de niños, de varones,
Viendo ya sobre sí gentes armadas;
Ocurren á las armas de algodones,
Búscanse las rodelas, las espadas;
Mas cuanto se prepara, busca, piensa,
Era muy poco para su defensa.

Pues los soldados que hay no son bastantes,
Por ser pocos en estos menesteres,
Puesto caso que muchos contractantes
Había, y abundancia de mujeres;
Y gritos y rebatos semejantes
No son para prendados mercaderes:
Al fin los baquianos son los menos
Y salen con sus armas como buenos.

Allí Joan de Orozco dijo: «Quiero
Si sois servidos de me dar licencia,
Hablar con el gobernador primero
Rogándole que mire su conciencia,
Considerando bien el paradero
Desta desatinada competencia.»
Todos á una le ruegan que vaya,
Y así se llegó junto de la playa.

Y en tono que podía ser oído,
Dijo con las comunes prevenciones:
«Señor gobernador, sea servido
De me dejar decir cuatro razones,
Porque para decillas soy movido
Con buenas y con sanas intenciones,
Y en hecho de verdad guiado vengo
Por el amor que á vuestra merced tengo.

«Testimonio del gran dolor que siento
Son lágrimas que salen de mis ojos,
Viendo que vuestro buen entendimiento
Se deja subyectar de sus enojos,
Queriendo macular ese talento
Con apasionadissimos antojos,
Pudiendo castigar los delincuentes
Sin usarse de medios indecentes.

«Pues aunque con razon justa merezcan
Castigo los que la maldad hicieron,
La misma no requiere que padezcan
Aquellos que ninguna cometieron;
Y diligencias hay donde parezcan
Otros ocultos si la consintieron,
Para que se castigue la malicia
De los unos y otros con justicia.

«Esto pudiera ver vuestra cordura
Antes de tan pesadas novedades,
Y no poner en riesgo y aventura
Personas de tan buenas cualidades,
Y vuestro seso y ser con la locura
De mal consideradas mocedades,
Pudiendo con papeles, como digo,
Dalles segun las culpas el castigo.

«Y si fue por probar lo que valia
Aquel esfuerzo raro que en vos cabe,
Poca necesidad, señor, habia,
Pues acá y en España bien se sabe;
Y así de muchas esta valentía
De anoche no merece que se alabe;
No porque no lo fué, mas en tal caso
Indigna fué de tan prudente vaso.

«Muy buenos estarian los jueces,
Cuando se les ofrecen ocasiones,
Teniendo de su rey poder y veces
Para convocar gentes con pregones,
Querer domar á solas altiveces
De los desvariados corazones,
Como vuestra merced anoche quiso
Sin querer á los suyos dar aviso.

«Do contra tantas fuerzas invencibles,
Hablando sin lisonjas y sin dolo,
Hector, ni Telamon, ni el gran Aquiles
Hicieran lo que vos hicisteis solo,
Rodeado de armas con astiles
Con mas hierros que rayos tiene Apolo;
Pero segun mi seso mejor fuera
Que lo guiáredes de otra manera.

«Por ser gran freno contra gente verde
La gravedad y peso del anciano;
Y así como vuestra merced acuerde
De tomar sin pasión consejo sano,
Si buena coyuntura no se pierde
Agora la tenemos en la mano,
Y bastará salir vuestra presencia
Sola, para teneros obediencia.

«Por tanto, yo por todos ellos salgo
A suplicar á este beneficio,
Empeñando mi fe de hijodalgo
Ser esto sin aleve maleficio:
Deseo pues que sepan lo que valgo
Yo con vuestra merced y en su servicio,
Para que paguen los que son culpantes
Y no lo lasten pobres ignorantes.»

Dijo, con otras cosas que yo dejo,
Las cuales el Heredia fué notando,
Y con aquel reporte que es anejo
A los cuerdos que tienen algun mando,
Estuvo por un rato muy perplejo
Sus determinaciones tanteando;
Llegó pues á la proa desde donde
Estas pocas palabras le responde:

«Todo lo que decís, señor Orozco,
De cosas dirigidas á templanza,
Sin que me las digais yo las conozco;
Mas son los mas vecinos en la danza,
Y sería yo mas que vil y tosco
Si de tales hiciese confianza;
Y así no quiero ir ni quiero vellos,
Si no fuere para vengarme dellos.

«Agradezco, señor, vuestro buen celo,
Visto que lo tenéis en honra mía;
Y porque me parece ser del cielo
Dejaré de hacer lo que queria;
Mas no para que quede sin repelo
De me satisfacer en otra vía.»
Y aquesto dicho por la costa abajo
A Carex envió los mil que trajo.

Los nueve de Madrid, vista la cosa,
Primero que por partes los reparta,
Pusieron luego piés en polvorosa
Huyendo por la mar á Santa Marta,
Con ayuda de gente generosa,
No sin obscuridad y prisa harta;
Mas el gobernador con duro pecho
Al pueblo de Urabá se fué derecho.

No sin aplauso de contentamiento
Fué del mayor hermano recibido,
Y el resto de la gente del asiento
No menos se holgó cuando lo vido;
Mas á nadie dió parte del intento
Ni cuenta del negocio sucedido;
Y entonces solamente hizo cebo
Con que venia á ver el pueblo nuevo.

A todos abrazó con buen semblante,
Grata conversacion, que tal lo era;
La cual como llevasen adelante
Vinieron á tractar de la frontera,
Do Julián estaba muy pujante
Con gente que buyó de su bandera,
Y cómo vino con aquel ostento
A las hacer un gran requerimiento.

Heredia respondió: «Pues él espera
A negociarlo por aquesta vía,
No será malo que se le requiera
Que salga de la tierra, pues es mía;
Y donde no, haremos de manera
Que baje de su loca fantasía,
Porque también acá tenemos manos,
Si no quiere tomar consejos sanos.

«Estos, señores, son mis pareceres;
Quizá donde nos piensa dar zozobra,
Socorreremos nuestros menesteres
Si ponemos las manos en la obra,
Por acudir allí mil mercaderes
Con tanto de regalo que les sobra;
Y esta negociacion sea temprana,
Y si quereis, hoy antes que mañana.»

Como tocasen en el interese
Y estuviesen allí necesitados,
Todos le respondieron que partiese,
Porque presto serian aviados,
Al día y á la hora que quisiese,
Esos que por él fuesen señalados:
Holgóse mucho que con él concorden,
Y para la partida dieron orden.

Y para que con mas pujanza vaya,
Despachó treinta dellos con rocines,
Que fuesen caminando por la playa
Hasta se congregan en los confines,
En cierta parte que les dió por raya,
Con los que fuesen en los bergantines,
Que serían sesenta solamente
Con tiros y aparato conviniente.

Los que por tierra van hallan lugares
Inaccesibles para caballeros,
Por ser la costa toda de manglares,
Malos pasos de cienagas y esterros,
Y con reventazones de las mares
No podían hacer los piés lijeros;
Y así por selles todo tan contrario
No llegaron á tiempo necesario.

Porque el gobernador y compañía
Que en bergantines por la mar llevaba,
A causa de ser poca travesía
Llegaron brevemente donde estaba
El Julián, que como ya los via
Armadas sus escuadras esperaba:
El Heredia de paz puso bandera
Hasta poder surgir en la ribera.

De donde segun uso cortesano
Habló, manifestando que su intento
Era mediante pluma y escribano
Venilles á hacer requerimiento,
Del sitio que poblaron alcen mano
Por ser de sus confines el asiento;
Y si, por no querer, males viniesen,
Daños ó muertes, á su cargo fuesen.

Con mayores instancias que yo digo
Leyó prestándole consentimiento
El escribano que llevó consigo
De verbo ad verbum el requerimiento;
Y en tono que podía ser testigo
Cualquiera de los del ayuntamiento,
El Julián Gutierrez dió respuesta,
Y la substancia dicen ser aquesta:

«Señor gobernador, yo fui mandado,
Y aunque poblara mal y do no debo,
Agora me sería mal contado
Si sin tener licencia me remuevo;
Y para ver si es bien ó mal fundado
Habie vuestra merced con Barrio-Nuevo;
Pues hasta ver aquello qué dispensa
Tengo de procurar yo mi defensa.

«No se juzgue por loca demasia
En poner en aqueste caso dientes,
Porque vuestra merced también querría
Que lo mismo hiciesen sus tenientes;
Y si por leyes de razon se guía,
Las mias no serán impertinentes,
Y no me faltarán mañas y modos,
Pues por su Majestad poblamos todos.»

Oido lo que Julián decia,
Con levantado y alterado pecho,
Dellos se despidió con cortesía,
Manifestando que de su derecho
La Majestad real conoceria,
Del cual asaz estaba satisfecho;
Y encubriendo sus mañas y cautelas
Mandó llevar las anelas y dar velas.

Quedaron muy enhiestas las cervices
Diciendo como ya lo vieron fuera:
«¡Cuerpo de tal con él y sus narices
Y sus palabras de santiguadera!
¿Pensaba con blanduras y matices
Tornarnos á meter en su bandera?
Muy engañada pues vive la zorra
Que con hijo de madre no se ahorra.»

Tales cosas decían en su junta
Después que su bahía dejó sola,
Porque ninguno teme ni barrunta
El golpe de revuelta con la cola:
Heredia pues paró tras una punta
Con su gente de negros y espanola,
Para los asaltar con mas seguro
Revolviendo sobrellos con obscuro.

Y así cuando los ojos de mortales
Suelen con sueño mitigar su pena,
Y por allí marinos animales
Salen á desovar en el arena,
A ellos revolvió con sus parciales,
Sin ir vela pendiente del antena,
Sino con solos remos y á la sorda
Hasta llegar á parte de zaborda.

Era cuarto de legua mas abajo
Del asiento de los fortalecidos,
Y allí desembarcó con los que trajo,
Donde no fueron vistos ni sentidos;
A ciertas espesuras se retrajo,
Hasta que los demás fuesen venidos,
Y se juntasen mas allá del puerto,
Segun hicieron antes el concierto.

Mas ya tenía débil esperanza,
Pues poco mas ó menos adevina
Haber de ser prolija la tardanza,
Por ser de mal camino la marina.
De los que tiene hizo confianza,
Y á dar en Julián se determina;
Y porque no rehusen la carrera,
A todos animó desta manera:

« Señores míos, ya se hace tarde,
Y para dar sazón á lo que vengo,
No consiente razón que mas guarde,
Por ser lo que esperais negocio luengo:
Y para subyectar este cobarde
Sobra la noble gente que yo tengo,
Y no digo con tantos, mas con menos,
Siendo tan valerosos y tan buenos.

» Y aunque con claridad estemos ciertos
Que llegarán aquí con los rocines,
Es imposible no ser descubiertos
Por indios que verán los bergantines;
Y los que duermen estarán despiertos
Para meternos en dudosos fines:
Tengo pues la victoria por mas cierta
Si nuestra voz y lanza los despierta.

» Si hay otro parecer que mejor suene,
Cada cual lo declare sin espina.»
Respondiéronle todos que conviene
El que su voluntad les encamina,
Y que ninguno dellos otro tiene
Que les sea mas cierta medicina;
Pues brevedad en trance semejante
Quita cien mil estorbos de delante.

Oídas á su gusto las razones,
Como buen capitán, en el instante
Ordenó sus pequeños escuadrones,
Ballestas y arcabuces adelante;
Y por mas levantar los corazones
En avanguardia va con un montante;
Los que velaban en paradas hechas
Vieron de lejos relucir las mechas.

Dan arma, según es común usanza;
Recuerdan los dormidos al aprieto;
Luego sin mas recato ni ordenanza
A caballo salió Rodrigo Nieto;
A los contrarios arrojó la lanza
Como vido venir el bulto prieto;
El desdichado nunca hizo suerte,
Y si la hizo fué para su muerte.

Pues un soldado de la gente suelta
La misma levantó con los pulgares,
Y cuando Nieto quiso dar la vuelta
Con ella le rompió los dos ijares;
El alma de las carnes fué resuelta,
Mostrandole su lanza los lugares,
Pues la con que pensaba hacer tiro
Aquesa le causó mortal suspiro.

No con menos esfuerzos y denuedo
Salió acia la grito y estampida
El valiente Francisco de Quevedo,
Lozano joven y en edad florida;
Mas Cloto hizo que estuviere quedo,
Pues una bala le quitó la vida,
Y desta Juliana compañía
Otros dos vieron su postrero día.

Acuden otros muchos al rebato,
Pero mal puestos y peor regidos,
Y no con aquel orden y recato
Que suelen los que son acometidos;
Y así los del lugar en breve rato
Fueron desbaratados y vencidos,
Y los tractantes y los mercaderes
Ven en ajenas manos sus haberes.

Prenden con Julián mucha compañía,
Al menos principales capitanes,
Y aquellos que se dieron mejor maña
Fueron con César y los dos Guzmanes
A tomar por amparo la montaña
Con Isabel Corral y otros galanes,
Que por les conceder poco sosiego
Tomaron presto las de Villadiego.

Pero llegada la febea lumbre,
Cartas con ciertos indios les envía,
Diciendo que ninguna pesadumbre
Para siempre jamás se les daría,
Y que su condicion y su costumbre
Ya cada uno dellos la sabia,
Y con cuántas blanduras y paciencia
Perdonaba cualquiera malquerencia.

Vistas las cartas y el comedimiento,
Vino César con otra noble gente,
Y no sin lamentable sentimiento
Isabel Corral vino juntamente;
El gobernador hubo gran contento,
Y á todos recibió muy blandamente,
Y usó con César, á quien bien quería,
De gran urbanidad y cortesía.

Esperaron allí, y al tercer día
Después que fué la villa saqueada,
Llegó por tierra la caballería
De los trabajos grandes fatigada;
En cuyos rostros bien se parecía
El escabrosidad de la jornada,
Y demás de otros males infinitos,
Llagados y comidos de mosquitos.

Mandó el gobernador á costa ajena
Partir con ellos ropas y vestidos,
Y aparejales opulenta cena,
Do fueron largamente proveidos:
De diversas conservas mesa llena,
Vinos tintos y blancos escogidos;
En tal manera, que vacios pechos
Quedaron por entonces satisfechos.

Después, el cuarto día ya venido,
En los navios meten por su mando
A la Isabel Corral y a su marido
Y á César con algunos de su bando;
Y á los demás del número vencido
Mandó dar libertad, apregonando
Que desde luego cada cual siguiese
La bandera que mas gusto le diese.

Como treinta soldados lo siguieron
De los que Julián acaudillaba,
Y los demás á Panamá se fueron
A dar las nuevas al que gobernaba;
Los treinta de caballo no pudieron
Sino volverse por la costa brava;
La causa desto fué por los caballos
Por no tener navios do llevarlos.

Con esto se partió del Ensenada
A verse en Urabá con el hermano,
El cual, de ver la buena cabalgada,
Y quel gobernador volvía sano,
Hizole fiesta muy regocijada,
Y á todos un convite soberano:
Hubo juego de cañas que pudiera
Parecer en Jerez de la Frontera.

Aqueste general convite hecho
Con servicios de gran magnificencia,
Que parte se suplió con el provecho
Habido de la nueva competencia,
El vencedor desencerró del pecho
El enojo de la primer pendencia,
Y estándole la gente bien atenta,
Con esta relacion lo representa:

« Señores, admiraros heis si cuento,
Pues todos me tenéis amistad buena,
Un desacato y un atrevimiento
Cuya recordacion me causa pena;
Y fué juntarse muchos con intento
De me querer matar en Cartagena,
Viniendo nueve mozos al efeto,
Que cierto me pusieron en aprieto,

» Con largas lanzas y con hierros finos;
E yo y Saucedo que tenéis presente,
Que hizo hechos de memoria dinos,
Nos defendimos valerosamente
Sin querer ayudarnos los vecinos,
Sino solo Romero mi teniente,
El cual para prendellos tuvo duda,
Porque ninguno quiso dar ayuda.

» Vista de los vecinos la malicia
Y de mayor traicion alguna muestra,
Para seguir la causa por justicia
Hame de socorrer ayuda vuestra;
La cual, pues que me fué siempre propicia,
Agora sé que no será siniestra,
Pues para corregir el mal que digo
Algunos tengo de llevar conmigo.»

Ansí como tocaron los oídos
Estos atrevimientos que les cuenta,
De gran espanto fueron poseídos
Oyendo desvergüenza tan exenta;
Y así dijeron los mas advertidos
Tocar á todos ellos el afrenta,
Y era muy grande cargo de conciencia
No castigar tan pérdida demencia.

Juan de Montemayor, que era maese
De campo, dijo: « Mas son en la danza
Si dellos escrutinio se hiciese,
Y mal aseguramos la balanza,
Disimulando yerro como ese
Y no se castigando sin tardanza;
Y aun serán pareceres acertados
Que vaya buena copia de soldados.»

El gobernador dijo: « Diferente
En el número es lo que yo siento,
Pues dos docenas bastan solamente.»
Y hizo luego dellos nombramiento;
Mandólos embarcar incontinentemente,
Y fueron navegando con buen viento,
Procurando por evitar roceche
Entrar en Calamar á media noche.

Saltaron antes de llegar al puerto,
Y de lo que hicieron lo primero
Fué, por secretas vias con concierto,
Entrar en cas del dicho tesorero:
El cerrado lugar hacen abierto,
Pero hallándolo sin compañero,
De su propia posada fué remoto
Sin sentirse ruido ni alboroto.

Luego lo ponen en ajena sala,
Con cepo y grillos y con guardadores,
Y al buen Nuño de Castro y al Ayala,
Diciendo ser aquestos los factores:
La vida que les daban era mala,
Y llena de pesados sinsabores;
Y sobre la prision que los estraga
Había de mosquitos grande plaga.

Aquestas cosas hechas según trato,
Barrio-Nuevo, varon de cano seso,
Sabido en Panamá del desbarato,
Y Julián Gutierrez estar preso,
Determinóse por mostrarse grato
Al que por sus respetos era lesa,
Por su persona ir á Cartagena
Para librallo de prision y pena.

Fué caballero natural de Soria,
En estas partes único soldado
Que hizo hechos dignos de memoria,
Algunos de los cuales he tractado
En diferentes partes de mi historia,
Donde queda su nombre celebrado:
Era valiente y á las armas presto,
De nobles condiciones y modesto.

Efectuóse luego su partida
Con gana de traer á su caudillo:
Supo Pedro de Heredia su venida,
Salió con la ciudad á recibillo;
Y toda pesadumbre despedida,
El mismo lo hospedó por mas servillo,
Donde los dos conformes en razones
Vieron unas y otras provisiones.

Dieron trazas y cortes en el paño
De los bajos y altos de la sierra,
Aunque ningunos dieron en el daño
De los bienes robados en la guerra.
Barrio-Nuevo quedó con desengaño
Y el buen Pedro de Heredia con la tierra;
Y dióle con alguna mas hacienda
A Julián Gutierrez y á su prenda.

Esto hecho rogó por los oprimidos
Y en aquella sazón encarcelados,
Haciendo perdonar culpas y escesos,
Ya fuesen inocentes, ya culpados:
En efecto, quemaron los procesos
Contra los susodichos fulminados,
Y dado fin á todo cueradamente
A Panamá volvió con su teniente.

Luego Pedro de Heredia, con cudicia
De cosas que por indios entendía,
Ordenó descubrir la gran noticia
Que por nombre Dabaibe se decía:
Dejó las cosas puestas en justicia,
Y al Darien llevó su compañía,
Guiando por el rio, con intento
De ver las tierras de su nacimiento.

Año de treinta y seis, á doce días
Del mes de abril, según las relaciones,
Entraron las cristianas compañías
A descubrir provincias y regiones,
Movidos por los dichos de las guías
Que llevaban con guardas y prisiones;
Los hombres de caballo son sesenta
Y todos los de pié ciento y cincuenta.

Caminaron por tierra despoblada,
Donde sus esperanzas son aviesas,
Pues con haber andado gran jornada
Las guías no cumplían sus promesas;
E yendo ya la gente fatigada
La meten por montañas muy espesas,
Cuyo lodoso y empapado suelo
Jamás lo visitó lumbre del cielo.

Esta molesta y enfadosa breña
Era de suyo tal y tan lluviosa,
Que recurso ninguno les enseña
Para valer su vida trabajosa;
Ni podían hallar siquiera leña
Para poder guisar alguna cosa,
Pues por ser agua cuanto della sale
La mayor diligencia no les vale.

Pedro de Heredia, con desabrimiento
Viendo su perdicion y el desatino,
Amenazó los indios con tormento
Si no guiasen por mejor camino:
Ellos representando buen intento,
Responden no deber estar mohino;
Pues por aquel restaban tres jornadas
Para dar en las tierras deseadas.

Con aquella promesa ya hacían
Cuenta de ver cumplidos sus deseos,
Con ser tercero mes que los traían
En estos circuitos y rodeos:
Siguiéronse pues los indios que los guían
Sin ver mejora para sus rancheos,
Antes por ser prolijos estos yermos
Los mas dellos estaban muy enfermos.

Continuando pues aquella via,
Atormentados con el mucho lodo,
Era peor lo que se descubría,
Y el infernal terreno de tal modo,
Que por poco quel hombre se movía
Daba grande temblor el suelo todo:
Van atollando no sin gran fatiga,
Y los caballos hasta la barriga.

En estos pegajosos tremadales
Desmayaba quien era mas constante,
Y no pueden los brutos animales
Salir de desventura semejante:
Allí ciertos peones principales
Dejándolos pasaron adelante,
Y prosiguiendo mas dos ó tres días
Encontraron con muchas rancherías.

En partes montuosas y no rasas,
Pero los bajos limpios y sin ramas,
Ven infinitos rastros, no ven casas,
Ni señales de ranchos ni de camas;
Olor cierto de humos y de brasas,
Sin que pudiesen divisar las llamas;
Alzan los ojos, miran al desgaire,
Y vieron que vivían en el aire.

Porque tenían sus casillas hechas
Encima de los árboles y plantas:
Era gente de débiles cosechas
Sin uso de vestidos ni de mantas,
Proveidos de dardos y de flechas;
Su comun caza baquiras y dantas,
Sus tractos son por rios en canoas
Y viven en aquellas barbacoas.

Tomaron dos gandules desta gente
En cierta senda do hicieron salto ;
Todos los otros valerosamente
Hicieron resistencia de lo alto ,
Hasta les arronjar agua caliente
Para que se dejasen del asalto :
Al fin con estos dos indios volvieron
A dar la relacion de lo que vieron.

La gente castellana toda junta
A la lengua mandaron que les hable,
Y hecha por mil vias la pregunta,
No respondieron cosa saludable,
Antes de lo que dicen se barrunta
Ser gente pobre, vil y miserable ;
Y así para del todo no perderse
Determinaron luego de volverse.

Volvieron á la mar rugosas frentes
Aquestos fatigados peregrinos,
A caballo llevando los dolientes
Con términos cristianos y beninos ;
Y como ya dejaban hechas puentes
Y aderezados pasos y caminos,
Tardaron en volver por estas vias
Al pueblo de Urabá cuarenta dias.

Hallaron acogidas abundantes,
De cuanto por su parte se procura,
Por acudir al puerto contractantes
Que traian regalos en hartura :
Volvieron á sus fuerzas como antes
Los enfermos mediante buena cura ;
Murieron pocos antes de los puertos,
Y caballos también quedaron muertos.

Muchos murieron por faltalles heno,
Y demás desto cuando los caballos
Estaban atollados en el cieno
No teniendo vigor para sacallos,
Ni dónde restribar en el terreno,
No se podía menos que dejallos,
Pues atascaba hasta la espadilla,
Y el español á mas de la rodilla.

Y en el cenagosísimo combate
También el atollar era de modo,
Que dejaban los mas el algarate
En mas profundidad de largo codo ;
Y quien por lo sacar hombros abate
Las barbas arrastraba por el lodo :
No faltaban también en las fatigas
Mureielagos, mosquitos y hormigas.

Y con ser la jornada tan nefanda,
La gente como ya se vido buena,
Deseaba volver á la demanda
Sin acordarse de pasada pena,
Con intento de ir por otra banda
Por tener el Dabaibe fama llena :
Y así ruegan á César lo tractase
Y el mismo César los acaudillase.

Tuvo César en esto diligencia
Para que su desseo se cumpliese :
Dióle Pedro de Heredia la licencia
Para que cien soldados escogiese,
Y con guias de mas inteligencia
Aquella gran noticia descubriese ;
Y él señaló del número robusto
Peones y caballos á su gusto.

Con ellos se partió de su presencia
Y caminó por parte diferente ;
Mas yo que de renir tanta pendencia
Me siento fatigado de presente,
Querria, buen lector, mudar sentencia,
Si vuestra buena gracia lo consiente,
Por mandarme decir Pedro de Heredia
Un ruín entremés de su tragedia.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo á pedimiento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, oidor della, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció.

Segun reconocemos el enmienda
Poca, de las sobradas sinrazones,
Aquel que en Indias tiene su vivienda
No debria faltar en oraciones
Al sumo Hacedor que lo defiende
De jueces de malas intenciones ;
Pues aunque los castiguen cada hora,
Muy pocos ó ninguno se mejora.

Bien señalados son los que estas greyes
Han gobernado con sencillos pechos ;
Mas otros so color de servir reyes
Nos tienen asolados y deshechos,
No por servir al rey ni cumplir leyes,
Sino por acudir á sus provechos,
Tan sueltos á cualquiera desvergüenza
Que quien mas dice dellos no comienza.

Una destas sollicitas raposas,
Que de Heredia solia ser amigo,
Con blandas muestras aunque cautelosas,
Segun se notara de lo que digo,
Viniendo por juez usó de cosas
Dignísimas por cierto de castigo ;
Aqueste se llamó Juan de Vadillo,
Primo del otro no mejor caudillo.

Senador fué de la real audiencia
De la Española, de los mas antiguos ;
Y como se pidiese residencia
Contra el Heredia por sus enemigos,
Enviaron aquesta pestilencia,
Aunque contradecian los amigos ;
Y él hizo gran instancia con su ruego
Por una cosa que diremos luego.

Al tiempo que voló por los caminos
Fama desta riqueza que fué brava,
Como el Heredia y él fueron vecinos
Y por sus cartas amistad duraba,
Envióle Vadillo dos sobrinos,
Desde Santo Domingo donde estaba,
Para que fuesen del favorecidos
Y en aprovechamientos preferidos.

Y como fuese gente regalada
Y en buscar de comer mal advertida,
Con otra harta mas cualificada,
De hambres y trabajos afligida,
Al tiempo que hacian un entrada
Ambos á dos partieron desta vida,
Y dieron á entender malos intentos
Que murieron por malos tractamientos.

Teniendo pues reales provisiones,
Y no menos escriptas en el pecho
Sus malas propiedades ó pasiones
Que se manifestaron por el hecho,
Pues quanto hizo fueron sinrazones
Sin regla ni medida de derecho ;
A Cartagena vino con buen viento,
Do le hicieron gran recibimiento.

Vino para que fuese su teniente
Fernán Rodriguez Sosa, lusitano,
Comendador de Cristo, y otra gente,
Oficiales ya hechos á su mano ;
Fué alguacil mayor por consiguiente
Un Pedro de Jureta, y escribano
Un Juan Rodriguez, hombre temerario,
Que después condenaron por falsario.

Como fué recibida su persona
Con las solemnidades convenientes,
Luego la residencia se pregona
Contra el gobernador y sus tenientes ;
A todos sus amigos desentona ;
Privan con él los emulos presentes ;
Secuéstrales los bienes y hacienda,
Y á Urabá fué gente que lo prenda.

En bergantines fué la compañía
Con Cazares y el Sosa lusitano,
Y habiendo navegado breve via,
Vieron otro que viene ya cercano
Donde el gobernador mismo venia,
Y allí ni mas ni menos el hermano,
Ambos á dos quietos y muy fuera
Del duro sinsabor que los espera.

Como se viesan ya poco desvío,
Cazares dijo yendo con los remos :
« Pase vuestra merced á mi navio
Para serville como lo debemos. »
Respondele : « Mas vos pasad al mio,
Sabré las novedades que tenemos. »
El Cazares pasó sin detención,
Y dióle cuenta de la residencia.

Ningun alteracion lo desenfrena
De lo que le contó como testigo,
Y en ser Vadillo tuvo poca pena,
A causa de tenello por amigo :
Llegaron todos pues á Cartagena
Adonde no hallaron buen abrigo,
Pues á los dos agravan con prisiones,
Con guardas de malditas condiciones.

Crece la furia, saña y homecillo
Del cupido y avaro licenciado,
En tal manera que con ser Vadillo
Ninguno le podia hallar vado ;
Busca por todas partes amarillo
Metal, que no lo quiere colorado,
Y por momentos al contrario bando
Les iba las prisiones agravando.

Y así con el trabajo recebido
El Heredia mayor (¡ oh gran mancilla !)
Aquello que vivió, siempre tullido,
Y el poder escapar fué maravilla ;
Y el tiempo que de mí fué conocido
Andaba como Leiva en una silla,
Pues á cualquier lugar que se mudase
Habia de tener quien lo llevase.

El licenciado pues que mal los quiere,
Con gana que su honra se destruya,
So graves penas los oidos liere,
Como dicen, á mia sobre tuya,
Contra quien ó supiere ó encubriere
Cualesquier bienes ó hacienda suya,
Y si manifestasen oro alguno
También se les daria de diez uno.

Atormentaba negros y criados
Para que descubriesen el tesoro,
Los cuales como fuesen apremiados
Descubrieron, por redimir su lloro,
En diferentes partes enterrados
Al pié de cien mil pesos de buen oro.
Marcados ya, y en los libros reales
Pagados quintos á los oficiales.

Estos ó poco menos que yo pinto
Envío por servicio no pequeño
Al gran emperador don Carlos quinto
Con proceso que fué de falso sueño ;
Pues como de verdad era distinto
Volvióronse después al proprio dueño ;
También él envió por propria cuenta
Dinero harto de que compró renta.

Podia bien compralla de las sobras
Porque tuvo donde meter las manos ;
Y no tan solamente las zozobras
Se repartian por los dos hermanos,
Mas á todos hacia tales obras
Cuales suelen hacer hombres tiranos,
Hasta hacelles dar cuero y correas
Con amenazas de palabras feas.

Con este furioso desatiento
Quisiera, por sacar oro guardado,
Al Alonso de Heredia dar tormento ;
Mas como lo tenia recusado,
Nunca quiso prestar consentimiento
Martin Rodriguez el acompañado,
Doctor de buenas letras y experiencia
Y de mejor y mas sana conciencia.

Componen á su gusto los delitos
Buscando fabulosos delatores,
Y cuando presentaban los escritos
En su contradiccion los defensores,
Eran amenazados con mil gritos
Los letrados y los procuradores,
Demás de molestarlos con prisiones
Cuando les alegaban defensiones.

Al tiempo quel testigo declaraba
Debajo de solemne juramento,
El falso Juan Rodriguez asentaba
Lo que no le pasó por pensamiento,
Sino lo que Vadillo deseaba,
Por dar colores á su mal intento ;
Y púdose saber de cierta ciencia
Cuando se les tomaba residencia.

Entre tanto que causas definia
Por términos que no tuviera moro,
A los indios de paz gentes envia
A que por fas ó nefas diesen oro,
Y en estos miserables se hacia
Una crueldad dignísima de lloro :
Baltasar de Ledesma los regia
Y Montemayor era también guia.

Estos dos capitanes fueron tales
Y tan perjudiciales y nocivos,
Que demás de roballes los caudales
De cuanto contenian sus archivos,
Llevaron presos muchos naturales
Que hicieron esclavos y captivos,
Sin causa de delitos cometidos,
Antes siendo de paz y repartidos.

Seria de quinientos la partida,
Digo quinientos de Cipacua sola,
Mozos y mozas gente muy lucida
Contra la voluntad sacra charola ;
Y el Vadillo después de recibida
Mandólos enviar á la Española
Para sus intereses y ganancias
Y servir en ingenios y en estancias.

Robando pues estos alderredores
Una noche soldados que velaban,
Vieron desde la cumbre resplandores
Que sobre Galamar reverberaban,
Y tuvieron por cierto ser ardores
De casas que en el pueblo se quemaban ;
Y así por la distancia ser cercana
Vinieron en llegando la mañana.

Pero lo que pensaron no fué cierto
Ni hallaron el pueblo con desdoro,
Sino mayores males en el puerto
Y en aquel tiempo dignos de mas lloro :
La causa desto por haberse muerto
Su buen obispo fray Tomás de Toro,
Así que la señal esclarecida
Dió clara muestra de su buena vida.

En estos mismos dias César vino
Al pueblo de Urabá de su jornada,
Con mas de cien mil pesos de oro fino ;
Pero toda su gente fatigada,
Por ser trabajosísimo camino
Aquel por do hicieron el entrada,
Montañas bravas, por cuyos conveses
Anduvieron perdidos siete meses.

Tierra lluviosa, ciega y espantable,
De todo morador aborrecida
Sin recurso de cosa saludable
Que pudiera servilles de comida ;
Y por ser tal y tan inhabitable,
Se vieron en gran riesgo de la vida ;
Sustentábanse con arbóreos tallos
Y con hoja de cañas los caballos.

Hecho cien mil pedazos el ropaje
De romper por aquellas espesuras,
Y por los grandes cienos del viaje
Llenos de llagas y de desventuras,
No les quedaba callo de herraje
Y los caballos ya sin herraduras,
Faltábanles ya diez de los mas buenos,
Y de los españoles veinte menos.